

PRIMERA PARTE

El regreso

El suicidio. Acababa de recibir la noticia de que mi maestro periodístico había decidido tomar ese atajo hacia la inexistencia y lo primero que pensé es en ese cenicero antiguo de la mesa de su salón. Era un cofre de metal que se fabricó para guardar piezas de ajedrez, pero que desde hacía muchos años ejercía de repositorio de cigarrillos. Era común que lo apoyara en su barriga mientras se sentaba en el sofá y lo abriera y cerrara de forma nerviosa, con dedos inquietos, mientras exponía anécdotas o conversaba sobre cine del que deja poso. Miré durante mucho tiempo ese cenicero porque, cuando su dueño se inspiraba y aumentaba la carga de lucidez de sus palabras, me sentía incapaz de aguantarle la mirada. Así que supongo que por eso me vino esa imagen a la cabeza a los dos o tres segundos de conocer la mala noticia.

El muerto se llamaba Juan Vega y casi siempre le admiré por su facilidad para acallar con honradez la soberbia propia de los talentosos. Es difícil ser brillante y actuar con humildad y compasión ante la estulticia de los mediocres. Son mayoría y son demasiado osados al exponer y, sobre todo, al contradecir.

Vega parecía estar blindado contra esa ordinariez, que es predominante e invasiva y que berrea, agrede y perjura. Es cierto que, cuando te asignaba la etiqueta de amigo, se permitía la licencia de rebozar algunas afirmaciones con un sarcasmo que era tan afilado como un espadón. Pero en las distancias cortas era asertivo y generoso. Su conocimiento del ser humano y de los libros fundamentales era mucho mayor que el mío, sin embargo, nunca pecaba de arrogancia. Al menos, así se comportó siempre conmigo. Quizás porque no me percibía como una amenaza o quizás porque observó en mí alguna cualidad de la que nunca me informó.

No oculto que esa actitud me resultaba extraña, pero supongo que esa sensación es la que siempre asalta a los hijos adoptivos. ¿Por qué toda esta generosidad? ¿A cambio de qué?

No era un tipo de risa fácil y, de hecho, diré que fueron pocas veces las que me transmitió muestras de entusiasmo. Su gesto no era áspero, sin embargo, tendía a ser neutral, como si se hubiera propuesto jugar una partida de póquer interminable con la vida. Eso sí, tenía el don de la retranca, que utilizaba con hilarante crueldad en nuestras largas noches de licores y cigarrillos. Nunca olvidaré esas sesiones de amistad verdadera, que terminaban con el cielo malva, cuando habíamos renunciado a contar las horas de sueño que nos quedaban antes de que sonara el despertador. Me sentía eufórico en esas veladas, diría que incluso embobado. Vega me hablaba de música, de literatura, de cine..., de vivencias, de mujeres y de «nosotros mismos».

Siempre decía que nuestra voz interior nos asigna mucha más bondad de la que nos corresponde, lo que hace

necesario sembrar nuestra conciencia con alarmas y tener la disciplina suficiente para corregirnos. Porque ante determinados riesgos o tras sufrir algún golpe certero, podemos ser capaces de «devorar al hijo y al padre».

Cuando nos despedíamos y cruzaba la puerta de su portal para recorrer la acera que lo separaba del metro, me sentía un poco más sabio. Menos vulnerable a la simpleza y a la barbarie.

Decidió autodestruirse a los cincuenta y ocho años y lo hizo sin dejar a nadie la papeleta de llorarle. Nunca tuvo descendencia y la última mujer con la que convivió se fue de su casa hace más de diez años, cansada de esperarle por las noches en el sofá en lucha eterna con sus párpados y su moral.

A su padre no le conoció y su madre falleció muy joven. El tío que le ofreció un hogar tras quedarse huérfano estaba senil, flotando en el mundo de la inconsciencia, por lo que, a su muerte, solo quedamos un grupo de amigos, admiradores y excompañeros de trabajo para rendirle el homenaje que merecía. Supongo que la mujer con la que compartió unos cuantos años de su vida le lloraría, aunque, para ser sinceros, es algo que no tengo muy claro.

Me informaron de su muerte un miércoles de marzo de calor pegajoso, de esos en los que el bochorno se impone y el día permanece al borde del llanto hasta la media tarde, cuando la resistencia se vence con un rayo y un quejido, y las nubes desembalsan el agua. Estaba a diez mil kilómetros de España y mientras mi familia y los viejos amigos trataban de contener las ganas de primavera, tras dar por vencido al frío, yo aguardaba otro año más un otoño que por allí es inexistente y eterno a la vez, pues el

Atlántico castiga de forma constante en algunas temporadas, no obstante, en otras, concede, de golpe, sin transición, un amplio espacio al tiempo suave.

Me sentí muy lejos de la realidad cuando leí el mensaje que me informaba del fallecimiento de mi amigo. La noticia se había producido unos días atrás, pero, aun así, lo primero que pensé es que nunca habría llegado a su entierro, pese a que me hubieran informado del deceso a los pocos minutos de producirse. Porque debía comprar un vuelo, esperar a su salida, viajar durante doce horas y trasladarme a mi ciudad. Es decir, si alguien de mi familia moría de forma repentina, me perdería el funeral. La tierra donde hundía mis raíces hasta hace unos años estaba tan lejos que ni siquiera a ojos cerrados, con plena concentración, podría llegar a percibir su olor.

Ahora había muerto Juan Vega, mi amigo..., mi maestro. El que se sentaba a mi lado en el periódico y revisaba mis textos con su peculiar forma de ser didáctico, que incluía una fuerte dosis de humor cruel. Pronunciaba palabras secas a pocos centímetros de mi cara y sentía su particular mezcla de olores: tabaco, ropa lavada y planchada en la tintorería, alguna ginebra, ese perfume de Guerlain que debieron dejar de fabricar durante la Primera Guerra Mundial por anticuado... Juan Vega. Me acordaba de ese hombre y el desfile de cubitos de hielo comenzaba, de nuevo, desde mi garganta y hasta el abdomen, donde terminaba su recorrido, se adhería a las tripas y provocaba quemazón. Mi amigo se había suicidado.

El mensaje que me avisaba de la pérdida decía lo siguiente:

«Queridos amigos:

Lamento tener que comunicar la muerte de Juan Vega. Se quitó la vida y así quiso que se lo transmitiera. Ustedes, como yo, seguro que le recordarán como un gran hombre.

Nunca creyó en Dios, pero recen una oración por su alma.

Con afecto,

Luis Antonio García

Secretario de la Asociación de la Prensa».

Se lanzó al vacío desde la ventana de su salón y recorrió doce metros antes de toparse con el pavimento. Su éxito fue rotundo: murió en el acto, de madrugada y sin testigos alrededor. Como ocurrió al final del invierno, seguramente el sonido del impacto se camufló bajo el soplo del viento en los árboles, que es intenso en las noches de esa época y provoca que las persianas carraspeen en las casas. Sobre la mesa de caoba de su salón, que recuerdo desgastada en las esquinas y con marcas de alegrías sin posavasos, junto al pesado cenicero de siempre, Vega dejó un ejemplar de su libro favorito, que fue *El desierto de los tártaros*, sobre cuya portada había pegado un pequeño papel adhesivo amarillo con dos palabras: Fui yo».

Ese fue el único mensaje de despedida que encontró la policía en el lugar del suceso. Como conocía bien a mi amigo, pensé que fue una última frase irónica. «Fui yo». ¿Quién va a haber sido si no?

¿Cómo me sentí tras tener constancia de su decisión de matarse? Es una gran pregunta que no sabría responder con precisión. Pero diré que las muertes inesperadas no provocan un dolor uniforme e instantáneo, sino que sus efectos se despliegan con el paso de los minutos, poco a

poco, como el telón de un teatro que se abre para mostrar el escenario de una tragedia.

Las pérdidas cercanas son píldoras de veneno que no se metabolizan hasta pasados unos minutos y que solo ahí comienzan a generar síntomas en el organismo.

Comencé a leer ese correo electrónico con desasosiego, pues el asunto decía «Fallecimiento de Juan Vega» y ya sabía lo que me esperaba; sin embargo, lo hice sin detenerme y sin perder el tipo. Con el paso de los minutos, noté una comezón a la que siguió una sensación de despiste que ya había experimentado con anterioridad, pues suele sobrevenir cuando alguien desaparece para no volver. Siga o no en el mundo de los vivos. La muerte de alguien familiar descoloca porque solemos proyectar el futuro a partir de elementos del presente y, cuando una de esas piezas se esfuma, nos cuesta un poco más imaginar lo que seremos dentro de unos años. Una desaparición importante obliga a rehacer la estrategia, como ocurriría tras perder la reina o los dos alfiles.

El razonamiento tiene una lógica aplastante. Ningún argumento puede evolucionar de la misma forma si se esfuma, de repente, uno de sus protagonistas. Pensemos en la película *Cadena perpetua*. Siempre imaginé a sus dos actores principales, Tim Robbins y Morgan Freeman, disfrutando de los soleados días de la Costa Grande mexicana tras haber abandonado la prisión donde estuvieron reclusos durante tanto tiempo de su vida. Pero ¿qué hubiera pasado si uno de ellos se hubiese ahogado al poco de llegar? Mi fantasía se invalidaría. El guion cambiaría por completo.

Sucede igual con la vida: si alguien importante muere, hay que reconstruir una parte de las proyecciones de

futuro y eso cuesta. Provoca pereza y cierta sensación de haber perdido el tiempo con la especulación de un futuro que ya no podrá reproducirse.

¿Qué sería a partir de ahora de mí sin Juan Vega? ¿Quién me animaría a base de descalificaciones en los días en que la rutina profesional me ahogara?

«Pero mira que eres gilipollas: te comes el malestar, firmas la crónica, apagas el ordenador, te das un paseo y te olvidas. Aquí ninguno estamos para salvar la profesión». Esas fueron las últimas palabras que me dedicó unos meses antes de su muerte. Relataría el motivo de la conversación, pero no creo que sea de especial interés.

El caso es que, cuando su cadáver todavía estaba a temperatura ambiente, decidí cambiar de ciudad. Volví a Madrid para trabajar en un periódico y, de paso, acercarme al legado de mi amigo Juan Vega, quizás con la idea de escribir un libro para homenajearle. Volví a ser periodista en España y eso me cambió. Claramente a peor, aunque ya habrá tiempo de abundar en detalles.

La vida obliga a tomar decisiones muy importantes cuando todavía flotamos en el líquido amniótico de la inmadurez. Cuando somos imprecisos e inexpertos y transitamos, ciegos, por rutas nebulosas que pueden conducir al éxito, pero también a abismos insalvables. Yo caí en la cuenta de todo esto a los veintitrés años, después de que un cincuentón me citara en su despacho, me emplazara a sentarme tras aclarar su voz con un trago de agua y me trasladara un mensaje incómodo: «Lo siento, pero no podemos renovar tu contrato. La venta de periódicos ha caído en los últimos meses, las promociones no funcionan igual y la empresa no está en condiciones de ampliar su plantilla».

Después de pronunciar esas palabras, llenó ligeramente de aire su boca, me miró con las cejas arqueadas, estiró la mano derecha y, cuando alcanzó la mía, suspiró y musitó: «Ha sido un placer, Alfredo».

«Ha sido un placer»... Diría que hasta ese momento nunca me habían emplazado a marcharme de un lugar con esa fórmula de cortesía que me repugna. Es un edulcorante innecesario para los tragos más amargos, una despedida falsa y pedante que sobra, pues bastaría la palabra gracias para zanjar el asunto. Preferiría que me golpearan con un silencio rotundo a que me despidieran con esa muletilla almibarada e hipócrita.

Me sentí demasiado exhausto para replicar a ese hombre gris. Ni siquiera fui capaz preguntarle sobre la posibilidad de regresar a mi puesto en un futuro, cuando el viento de cola volviera a impulsar el negocio. Entonces aún creía que cualquier contratiempo tenía una solución. Así que le devolví el agradecimiento y me dirigí hacia mi mesa para recoger mis cosas con la congoja típica de los días de mudanza. Esos en los que te invade una melancolía instantánea tras ser consciente de que nunca más volverás a pisar un lugar en el que fuiste feliz. Con sus defectos, sus refugios y sus vías de escape.

No habían transcurrido dos minutos desde que recibí la noticia de mi despido cuando observé a uno de mis demonios ocupando mi silla con una sonrisa de satisfacción, la que le daba el efímero poder de quebrar mi futuro. Ni siquiera hizo falta que me pronunciara. Bastaba con observar mi gesto, que no era ni triste ni lacrimoso, sino el propio de alguien que acababa de ser derrotado.

Hasta ese momento, consideraba que el periodismo era mi vocación y no me permitía dudar sobre ello. Era una verdad inamovible que no quería cuestionar. Vivía en una especie de fantasía en la que me consideraba un afortunado por haber elegido esta profesión. Por tener la posibilidad de escribir sobre temas importantes y por plasmar mi sapiencia sobre un papel. Por el día siguiente, en el que alguien descubriría una verdad a través de mi texto y eso le convertiría en un mejor ciudadano. En una persona menos asequible para los sectarios. En definitiva, más alejada del mal.

Imaginé durante mi dulce etapa universitaria que podría ser feliz al escribir en un periódico y asumí esa idea como una verdad absoluta. Me proyecté con camisa, sombrero y corbata aflojada frente a una máquina de escribir, presionando teclas con agilidad mientras el reloj rondaba la medianoche y los vasos de café vacíos se apilaban a mi lado... y no pensé más allá.

No medité acerca de que los supermercados cierran a las nueve y la cena se toma fría cuando llegas a casa y la mujer que te quiere, o te quería, duerme. Eso no lo descubrí en esos dos primeros años de ejercicio profesional, en los que sentía la energía infinita del aprendiz soñador. El mito del periodista... del tipo de cintura elástica y dedos que nunca flojeaban al teclear. El profesional que es capaz de preguntar sin arrugarse ni torcer el gesto y de renunciar a sus prejuicios para trasladar a los lectores la versión más fidedigna de la realidad. En aquella época, me creía todo aquello. Hasta que me propinaron el primer puñetazo profesional.

El hombre que me despidió era el director general de *El Día de Madrid* y ni siquiera era una mala persona, pero

el rumbo errático del negocio le había convertido en un verdugo de periodistas, que era lo que implicaba ser gestor de medios de comunicación en esa época. Ejecutaba porque así lo aconsejaba la situación económica y lo hacía con una frialdad notarial, cosa que no debe ser fácil, pues enviar a la cola del paro a rostros familiares, simpáticos o, incluso, queridos requiere cierta habilidad para interpretar el papel de matarife.

Habrá quien piense que estos burócratas de cuello blanco son genuflexos ante sus superiores e impíos con los trabajadores. Yo creo que son elementos necesarios en cualquier organización, pero es obvio que hay que disponer de cierta habilidad, de la que carezco, para alterar las expectativas vitales de otras personas con despidos indefinidos y, por la noche, al salir de trabajar, poder dormir tranquilo.

—¿Qué tal ha ido el día, cariño?

—Normal, he tenido que despedir a un fotógrafo. Hipoteca a treinta años, hijo de tres años y mujer con trabajo a media jornada. Pero bueno, me habían pedido que recortara de esa sección. ¿Salimos a cenar?

No recuerdo su nombre, pero memoricé los tres pliegues que se dibujaban en su frente cuando terminaba una frase y adoptaba la actitud de escuchar. Son las arrugas propias de los pasmados y los resignados. Las de aquellos que ejercen de colaboradores necesarios del sistema y reparten desgracias porque así lo tienen asignado. Son fríos porque no se pueden permitir lo contrario. Las dosis excesivas de calor pueden complicar su tarea. El cariño es contraproducente cuando alguien ocupa un punto oscuro de la sociedad en el que recibe un sueldo por completar labores impopulares.

A este hombre le había tocado realizar esa función en un momento en el que los gigantes de la prensa se jibarizaron y comenzaron a adelgazar sus plantillas. La decadencia de este negocio se ha explicado de muchas maneras en estos años. Se ha hablado de la capitulación de los periodistas hacia los poderes, de la precariedad laboral y del papel de la ideología, del rencor y del sectarismo en las redacciones. Pero diría que la gran culpable de la enfermedad degenerativa de los medios es la revolución digital. La que ha provocado que cualquier persona pueda enviar información desde cualquier punto del planeta a cualquier hora.

Eso ha restado valor a lo que hacen las empresas periodísticas. Y eso las ha hecho menos atractivas y, poco a poco, más pequeñas. El 40% de la inversión publicitaria se esfumó de los medios de comunicación entre 2008 y 2018. ¿Dónde fue? A las compañías que ofrecen formas alternativas para informarse y comunicar. Mejores o peores, según se mire. Desde que los ciudadanos tuvieron la posibilidad de conectarse a internet desde su teléfono móvil, los directivos de los medios se hicieron especialistas en distribuir malas noticias entre sus trabajadores.

El despacho de mi matarife estaba construido sobre una falsa estructura de madera y poseía una amplia cristallera que estaba oculta tras una persiana de metal. Cuando llamaba a alguien a consultas y la cerraba, cabían dos opciones: o que fueran a hablar de dinero o que el visitante fuera a quedarse sin trabajo.

A mí me despidió cuando se cumplían dos años de mi incorporación al periódico, como becario, y me dejó con cierta sensación de impotencia y de desencanto, pues me

había esmerado durante todo ese tiempo para convencer a mis jefes de que podría llegar a ser un buen redactor. Lo que requiere rapidez, exactitud, paciencia y dejar el reloj en la taquilla.

De entre todos los cuentos que me narraba mi madre antes de dormir en mi infancia, el de la meritocracia era uno de los más frecuentes, así que en ese momento, tras recibir mi liquidación, me vi como una de esas aves que se sienten atraídas por un reclamo y que, cuando llegan al lugar desde el que suena, se encuentran ante sí con el cañón de la escopeta de un cazador. ¡Pum! ¡Nada es lo que parecía!

Era 2008 y unos días antes de que me enviaran al paro había visto salir a los empleados de Lehman Brothers con cajas entre las manos mientras los economistas más lúcidos ya hablaban de crisis planetaria, así que pensé que allí, en la puerta del periódico, se iniciaba una larga travesía por el desierto.

Pasó por mi mente la idea de lanzar un objeto incendiario contra la fachada del edificio, pero me abstuve. También pensé en volver a ese despacho y rogar clemencia; y he de decir que estuve a punto de hacerlo, aunque un pequeño arrebató de dignidad me hizo deducir que no era una buena idea. Me sentí en ese momento como el protagonista de *El guardián entre el centeno*, incapaz de contener el remolino de emociones adolescentes que giraba sobre la boca de mi estómago. Hay veces que nos sentimos niños en un mundo de adultos. Diría que eso ocurre cuando la realidad nos asesta un golpe que no habíamos previsto y eso nos hace sentir impotentes y desvalidos. En 2008, yo era demasiado joven como para recibir

algo tan propio del mundo de los mayores como un despedido y una palmada en la espalda. Así que en ese momento buscaba desahogo para ese torrente de sensaciones que me hacía sentir impotente.

Despedí a mis compañeros con abrazos que se sellaron con diferente intensidad, en función de sus afectos y de sus miedos; sabían que mañana cualquiera podría ser el protagonista de aquel triste ritual. Después, caminé por toda la calle de Alcalá, desde Canillejas hasta Sol, destemplado por una de las primeras brisas de otoño con capacidad de destemplan.

Ascendí por la calle de Carretas y en una terraza de Jacinto Benavente bebí mi primer trago de ansiedad. Y me sentí débil. Pensé en los años que restaban hasta mi jubilación y en la posibilidad de que este proceso se volviera a repetir en el futuro. Consideré por un momento la idea de cambiar de rumbo y dedicar mi vida a otra actividad que estuviera menos impregnada de incertidumbre. Pero observé frente a mí una cuesta arriba muy empinada que me separaba de cualquier giro profesional. Tras terminar mi primera copa de vino, telefoneé a Juan Vega para informarle de mi nueva situación laboral.

—Estoy jodido, Juan —reconocí tras tragar un sorbo de cerveza que se hizo especialmente denso.

—¿Pero no te lo esperabas? —respondió con esa actitud que utilizaba cuando quería ejercer de sargento chusquero.

—¿El qué? —repliqué con un volumen más elevado para tratar de avisarle de que su tono no me había gustado.

—Coño, Alfredo, que no te hicieran un contrato. ¿Has visto a algún becario que se haya quedado en la empresa

en el último año? Era evidente que no te iban a renovar. Y mira que lo siento, ¿eh?

—Ya, pero, aun así, albergaba cierta esperanza de que me hicieran un contrato, aunque fuera temporal. O que me ofrecieran alguna colaboración...

—Bueno, pero eso era una fantasía. En el mundo de los mortales, en el que habitas, tu destino estaba decidido desde que los números de la empresa empeoraron —expuso con la intención de transmitirme que mi despido no tenía nada que ver con mi rendimiento profesional.

—Estoy jodido, Juan. Solo te puedo decir eso.

—Mira que manejas mal la presión, chaval. Con lo joven que eres... Y mira que elijo mal. Siempre acabo cogiendo cariño a los mierdas como tú. Eres un flojo.